

LOS CRIOLLOS, LAS CIUDADES Y LA LENGUA: aproximaciones

Juan Antonio Ennis

Universidad Nacional de la Patagonia Austral-UARG*

1

Lo criollo designa un término relacional, definido históricamente en la Hispanoamérica poscolonial por oposición a lo Europeo –a la antigua metrópoli peninsular y a las nuevas metrópolis neocoloniales– y a sus otros internos, los sujetos subalternos del orden emergente en las nuevas naciones latinoamericanas. Mary Louise Pratt (1992:328) lo define de este modo, en un recorrido por los textos en los cuales, desde Bolívar y Bello hasta Echeverría y Sarmiento, se dirimen los términos de la identidad latinoamericana en la novedosa experiencia de la descolonización. El criollo, en este contexto, debe pensar el deslinde, abonar el terreno para la gestión de un lugar de lo propio. Al dar cuenta de algunas de las operaciones de los martinfierristas en los años '20 del pasado siglo, Raúl Antelo (2008:122), por su parte, describe lo criollo como *reapropiación* de la cultura occidental, como “la constante construcción de una *diferencia*, que es también la búsqueda, *en sí misma*, de un modo sudamericano de ser universal”, a partir del establecimiento de “un desgarrado linde o entre-lugar que guarda la memoria del desgarramiento originario”.¹ Más adelante, examinando la traducción

Prof. en Letras UNLP, Dr. Phil. por la Martin-Luther-Universität Halle-Wittenberg, actualmente Prof. Adjunto a cargo del área de Literatura Española, UNPA. Este trabajo se enmarca tanto en el trabajo en la red “La Literatura y sus lindes en Latinoamérica” como en el proyecto llevado a cabo con el Prof. Dr. Stefan Pfänder en el marco del Freiburg Institute for Advanced Studies.

¹ “Los martinfierristas, lo sabemos, se aplicaron, en diversos estilos, a una ontología nacional. Querían atrapar la antropogénesis de lo criollo, rescatar el aporte intelectual de América Latina, previo tijeretazo al cordón umbilical, como pedía Oliverio Girondo en el manifiesto de la revista *Martín Fierro*, para sentirse criollos en cualquier sitio, sin más tristeza de patria que la humana, como anhelaba Antonio Vallejo, o simplemente para hacer literatura, como planteaba Borges, “con sabor de patria, como guitarra que sabe a soledades y a campo y a poniente detrás de un trebolar...”. La metafísica nacional se adaptaba muy bien a esa estrategia estética porque les

de la “Queja de todo criollo” de Borges por parte de Mário de Andrade, subraya, entre los problemas que dicha operación conlleva, la distancia entre “el sentido sintético-nacional del *criollo* y (...) el matiz etno-discriminatorio del *crioulo*” (Antelo, 2008:133). Este matiz se extiende históricamente a todas las denominaciones del criollo como lengua del americano no-blanco, y contribuye a construir la diferencia que le es propia al interior mismo del término, que contiene el desgarramiento o destierro como promesa de continuidad cultural para el occidente civilizador, pero al mismo tiempo también un desgarramiento o destierro mucho más radical como origen de la comunidad y el territorio, así como –en la perspectiva del blanco, criollo o no– la regresión a la barbarie de los orígenes. Mignolo explica la singularidad criolla a través de lo que llama “un singular caso de doble conciencia”: ser como no-ser. El criollo blanco define su ser como no-ser europeo; el *créole* o amerindio participa también de ese ser como no-ser, pero con mayor radicalidad: “*Their critical consciousness emerged from not even being considered human, not from not being considered European*” (Mignolo, 2005:63).

El *créole*, sometido al “modelo románico” que examina Bachmann (2005), no es solamente el *langage corrompu* que el Père Labat imputa a quienes denomina *nos Nègres*² en su estancia en Martinica (cuya memoria registra en su *Nouveau Voyage aux Iles de l’Amerique* (1705)), sino que se transforma en codificación del pasado del hombre blanco, en la posibilidad de ver su propio origen en vivo y en directo. Y una de sus peculiaridades más interesantes, a los ojos del bibliotecario de Yale pionero de la investigación en este campo, Addison

tendía un puente más allá de lo animal, en dirección a la historia humana, occidental. Admitiendo, pues, que la tradición occidental *existe*, que se impone, la metafísica del ser trata de reivindicarlo como *nuestro*, como criollo, estableciendo así un desgarramiento linde o entre-lugar que guarda la memoria del desgarramiento originario. Se busca entonces la *reapropiación* de lo mejor de esa cultura occidental, como arma contra lo peor de ella misma, accionándola desde *nuestra* situación ambivalente, en la cual el Occidente se miraría, según los maestros de la sospecha, como Otro de sí mismo. La identidad criolla sería así la constante construcción de una *diferencia*, que es también la búsqueda, *en sí misma*, de un modo sudamericano de ser universal.” (Antelo, 2008:122).

² “*J’avois une extrême envie d’interroger nos Nègres sur quantité de choses que je voyois, & dont je souhaitois d’être instruit; mais il fallut me priver de ce plaisir, parce que c’étoient des Nègres nouveaux qui ne parloient qu’un langage corrompu, que je n’entendois presque point, auquel cependant on est bien-tôt accoûtumé.*” (Labat en Ludwig, 2008).

Van Name, reside en el hecho de que las lenguas de las que han nacido las criollas (en realidad brotado, saltado) se hablan “codo a codo con ellas”:

The changes which they have passed through are not essentially different in kind, and hardly greater in extent than those, for instance, which separate the French from the Latin, but from the greater violence of the forces at work they have been far more rapid, and, what constitutes the peculiar interest of the case, the languages from which they have sprung are still living and are spoken side by side with them. Under ordinary conditions these changes proceed at so slow a pace as to become appreciable only at considerable intervals of time, but here two or three generations have sufficed for a complete transformations (Van Name en Bachmann, 2005:131).

La filiación de las lenguas criollas, “lenguas coloniales francesas”, con respecto al latín vulgar ofrece no sólo el anclaje controlable de una progenie más o menos legítima o espuria, sino también el patrón de estudio que mantiene el fenómeno lingüístico en los límites de lo controlable.³ Brote o criatura, rama menor del francés, español, inglés u holandés (o del latín), el criollo resulta, al igual que sus hablantes, la otra cara de esta imagen del pasado. Como en el Freud de *Totem y tabú*,⁴ la cultura primitiva ofrece la imagen de los escalones

³ Un reporte del 30 de Julio de 1870 informa en el *New York Times* los detalles de la reunión de la American Philological Association, creada el año anterior pensando en la necesidad de una institución que ocupara el lugar de referencia que detentaba, por ejemplo, la Academia Francesa. En el artículo referido se da breve cuenta de la intervención de Van Name del siguiente modo: “‘Contributions to a Grammar Creole Dialects’, by Prof. Van Name, of Yale, and read by Prof. Whitney, reviewed rapidly the whole dialect languages of Colonial France, and traced the characteristics and resemblances of their continually forming vernaculars. The Professor traced minutely the rise, growth and progress of these nomadic tongues in the West India Islands and other French settlements. Latin was pointed out as the progenitor of all the Creole dialects so far as investigated”.

⁴ Del mismo modo que Freud hace del “salvaje” su objeto de estudio como archivo filogenético del “civilizado”, la creolística se apoyará, hasta el extremo del programa biológico de Bickerton (1981, 1984, 1988; ver, para su discusión, entre otros, Ludwig, 2003), en una similar concepción. “Existen, en efecto, actualmente hombres a los que consideramos mucho más próximos a los primitivos de lo que nosotros lo estamos y en los que vemos los descendientes y sucesores directos de aquellos hombres de otros tiempos. Tal es el juicio que nos merecen los pueblos llamados salvajes y semisalvajes, y la vida psíquica de estos pueblos adquiere para nosotros un interés particular cuando vemos en ella una fase anterior, bien conservada, de nuestro propio desarrollo” (Freud, 1913:7).

iniciales en el camino (naturalmente ascendente) de la civilización (la moderna occidental, también naturalmente). Así, el carácter primitivo y bárbaro de la lengua del otro⁵ como expresión de una cultura de la misma índole permite pensarla como modelo en negativo de la infancia perdida de la propia. Infancia, naturaleza, experiencia (perdida) de un origen y por lo tanto concebido desde la perspectiva del *continuum* teleológicamente orientado de la historia del Occidente moderno, el criollo se estudia, tanto en lo sospechosamente aficionado de los primeros estudios como en muchas de las aproximaciones de más probada rigurosidad científica (cf. Ansaldo y Matthews, 2007:8), desde las faltas que lo diferencian y naturalizan⁶ su inferioridad frente a las lenguas imperiales modernas (cf. Mignolo, 2008:323-324) hasta interiorizarla en sus hablantes antes que desde sus características efectivamente comprobables (cf. Faquharson, 2007).

Lo criollo, así, asume hasta en sus versiones aparentemente más distantes el vértigo de una (imposible) asimilación y la angustia de una territorialidad desplazada y un origen perdido. “*Nomadic tongues*”, llamará el *New York Times* a las lenguas de las colonias francesas, al evocar la exposición de Van Name, en 1870. Ese mismo nomadismo es el que pone bajo sospecha la lengua del inmigrante y su intento de asimilación al “*cregollo*” cuya invocación se pone en boca de Cocoliche en el escenario de los Podestá.⁷ Si el criollismo, de

⁵ Así Walboomers, en 1915, será tajante en su *Amigoe de Curaçao*: “En su estructura, el papiamento es entonces una lengua primitiva [*een primitieve taal*], con lo cual se encuentra muy por debajo de cualquier lengua de cultura [*kulturtaal*], y como tal es testimonio de un nivel de pensamiento primitivo y débil [*een primitief en zwack gedachtenleven*].” (Walboomers, 16.10.1915, según Bachmann, 2002: 213 [traducción mía]).

⁶ “Durante mucho tiempo se designó a estas lenguas como francés corrompido, inglés negro e incluso jerga delincuente [*korrumpiertes Französisch, Negerenglisch oder auch als Kauderwelsch*]. Finalmente, no obstante, fueron establecidas por la argumentación sistemática de la lingüística como *full-fledged languages*. De todos modos, los entusiastas activistas lingüísticos debieron constatar muy rápidamente que los hablantes criollos con frecuencia no compartían sus juicios positivos ni tampoco esperaban fascinados a que sus lenguas vernáculas reemplazaran las lenguas oficiales europeas. En la sociolingüística se analizó esta situación sobre el fondo del nuevo concepto de la diglosia y se comenzó a pensar en cómo podría elevar el escaso prestigio de las lenguas criollas, para hacerlas así aceptables a las respectivas poblaciones como lenguas nacionales” (Bachmann, 2002:203-204, traducción mía).

⁷ Acerca de esta cuestión, véase Ennis 2006, 2008, cap. 9.

acuerdo con la lectura de Adolfo Prieto (1988:18-19),⁸ constituye en Argentina la superficie mitológica de legitimación y resistencia frente al extranjero tanto en las clases patricias como en las populares criollas, ese mismo criollismo ofrecerá el escenario para dramatizar el lugar de una lengua nómada que, en la humillación de su acceso al espacio de esa legitimidad, termina de potenciar la completa alteridad de lo criollo.⁹ El debate del criollismo en el cruce de los siglos XIX y XX lleva al extremo el desplazamiento y desgarramiento de su imaginación urbana, haciendo todo lo posible por olvidarse de una ciudad que los criollos rioplatenses venían soñando desde hacía un siglo: nostalgia, mito de origen o definitiva renuncia, la aproximación al criollismo en el espacio urbano de la Buenos Aires de entresiglos presenta la hipérbole muchas veces caricaturesca de las posibilidades de lo criollo.

Lo criollo se piensa una y otra vez como epígono y anomalía siempre medido desde o hacia el patrón europeo –la primera propuesta americana, romántica por donde se la mire, de emancipación lingüística tiene que ver con un devolver la lengua a su estado silvestre en una selva de libros, en un terreno de

⁸ “Paradójicamente, sin embargo, en ese aire de extranjería y cosmopolitismo, el tono predominante fue el de la expresión criolla o acriollada; el plasma que pareció destinado a unir los diversos fragmentos del mosaico racial y cultural se construyó sobre una singular imagen del campesino y de su lengua; la pantalla proyectiva en que uno y otro de los componentes buscaba simbolizar su inserción social fue intensamente coloreada con todos los signos y la parafernalia atribuibles al estilo de vida criollo, a despecho de la circunstancia de que ese estilo perdía por entonces sus bases de sustentación específicas: el gaucho, la ganadería más o menos mostrenca, el misterio de las insondables llanuras. (...) Para los grupos dirigentes de la población nativa, ese criollismo pudo significar el modo de afirmación de su propia legitimidad y el modo de rechazo de la presencia inquietante del extranjero. Para los sectores populares de esa misma población nativa, desplazados de sus lugares de origen e instalados en las ciudades, ese criollismo pudo ser una expresión de nostalgia o una forma sustitutiva de rebelión contra la extrañeza y las imposiciones del escenario urbano. Y para muchos extranjeros pudo significar la forma inmediata y visible de asimilación, la credencial de ciudadanía de que podían munirse para integrarse con derechos plenos en el creciente torrente de la vida social”. (Prieto, 1988:18-19)

⁹ Aquí resulta sugestiva la observación de Ángel Rama (1976:68) acerca del personaje de *Cocoliche*: “Es comprensible que hayan sido ellos mismos [los inmigrantes] quienes desde la platea forzaron la entrada de uno de los suyos. Codearse con Juan Moreira, estar a su lado, y si no emparejarse en el valor al menos hacerlo reír apelando al ridículo fue un modo –humillante, sí– de hacerse legitimar argentino y uruguayo”.

variación y cambio cuyo horizonte es el francés–; el *créole* se piensa desde los primeros comentarios como desvío *desde* el francés, donde sus hablantes muy probablemente nunca hayan estado. Decadencia, desvío o emulación del origen, lo criollo se define por su sujeción y ajenidad a un patrón que lo define. La cuestión no se dirime tanto, entonces, entre la norma y el uso como entre las diversas líneas de fuerza que pugnan por la afirmación de una territorialidad siempre desplazada: la ciudad (de la lengua) criolla termina asumiendo en todos los casos examinados el problema de una filiación y un espacio diferidos, orientados hacia un tiempo (utópico u originario) o un espacio que oscilan entre el programa y la añoranza.

Así, a comienzos de la década de 1910, Miguel de Toro y Gisbert disertará, en el primer capítulo de sus *Americanismos*, “contra los fanáticos partidarios de una estafalaria emancipación lingüística, que quisieran convertir el español de los argentinos en una lengua análoga al francés de los haitianos” (Toro y Gisbert, s.a.:6; cf. Alfón, 2008:16). Y aunque, en efecto, desde 1837 al menos, los criollos ilustrados del Río de la Plata habían comenzado a bregar, munidos de abundantes galicismos (es decir, de una base léxica francesa), por la obtención de una lengua propia, repudiando toda tutela lingüística española, tampoco apuntan los dardos de Toro y Gisbert contra aquella generación, ya acomodada para esa época en el canon y el panteón de la cultura argentina, sino a los usos que un francés (Abeille) hiciera de la tradición polémica abierta por ellos, cruzando –al parecer de los patricios criollos, ilegítimamente– la lengua del criollismo con el programa de los primeros intelectuales criollos. La *questione della lingua* en el Río de la Plata se jugará, como corresponde a una criatura dilecta del epigónico y distorsionado Romanticismo vernáculo,¹⁰ desde el comienzo en torno al primado del uso local o de anquilosadas normas dictadas desde la antigua metrópoli colonial. Desde luego, el uso local referido aquí no dejará nunca –ni en Sarmiento, ni en Bello, ni en Gutiérrez, ni en Cuervo– de

¹⁰ Así, por ejemplo, da cuenta Myers (2006:64) de la diferida inscripción del primer romántico rioplatense en el movimiento: “El ‘romanticismo’ de Echeverría corresponde al ‘romanticismo’ elaborado por publicistas e intelectuales franceses sobre la base de aquello que creyeron entender de la historia intelectual germana entre el clasicismo de Weimar y el primer romanticismo de Jena y de Berlin”.

considerarse equivalente al uso local de las elites cultas urbanas. La generación del '37 apunta sobre todo al desligamiento de una norma recibida y dictada por una metrópoli a la que ya no se reconoce como tal, en pos de la inscripción en un nuevo orden, hacia cuyo lenguaje debería dirigirse el propio.

En estas páginas intentará observarse cómo el problema de la norma y el uso, del reconocimiento de las instancias capaces de dictar la norma y de los usos más o menos legítimos, presente en todas las disputas en torno a la unidad de la lengua desde entonces (y ahí, veremos, resulta significativo el título dado al discurso inicial de Caro en la Academia Colombiana), irá directamente ligado a la percepción, situación y representación del espacio urbano (de las ciudades, de ciertas ciudades en general) como *locus* de enunciación y recepción, validación o puesta en práctica del discurso en cuestión. En este contexto, las diversas acepciones históricas de “lo criollo” permitirán más adelante el trazado de una cartografía de los modos legítimos e ilegítimos de la variación y el cambio en América.

La declamada voluntad de emancipación lingüística de la generación del '37 marca el primer momento de un extendido debate en la cultura argentina. Un debate que tiene que ver, desde este comienzo de arrebatos románticos de juventud, con la importación, con una supuesta “mala lectura” del Romanticismo como liberalismo en literatura, enseñándose así un aspecto de la cuestión que es quizás el hilo conductor de la comprensión o denominación de lo criollo que aquí me interesa rondar, como disposición en un orden político-simbólico: se trata de una matriz cultural siempre importada, o de una matriz que para recibir la dignidad de la cultura debe adaptarse, estando siempre expuesta al riesgo o la sospecha del mal uso o la mala lectura. Juan Bautista Alberdi (probablemente quien con mayor vehemencia dejara en claro no sólo la voluntad de cambio de tutelas en materia de normativa lingüística, sino también la de una modificación radical de fondo en las políticas del lenguaje culto) combinaba, en un artículo aparecido en *La Moda*, el fallo a favor del habla popular con su militante hispanofobia y el prurito romántico de la autenticidad: “Nosotros preferiremos el mal lenguaje del pueblo, a las más bellas copias del mundo; y hablaremos con más gusto el castellano informe de Buenos Aires que no el más culto castellano de Madrid” (en: Verdevoye, 1963:53). De acuerdo con Alberdi, la lengua escrita, prestigiosa, es la

lengua culta de las ciudades, el uso correcto es el uso cotidiano en las principales ciudades (como el de la “conversada amistad” del *Idioma de los argentinos* borgeano, que entenderá el gentilicio como *distinción* criolla, como gesto incorporado, naturalizado de la elite letrada porteña). El problema reside, entonces, en decidir qué ciudad (y qué modelo de ciudad) es el que dará el rasero para las políticas del lenguaje. Alberdi remonta su liberalismo en la lengua de la literatura a Dante, inventándole una tradición más lejana y prestigiosa que la del español castizo:

El Dante tomó de las calles de Florencia el idioma que hoy habla la Italia. El Dante hizo su deber: obró como hombre de genio, aceptó como buen republicano lo que el pueblo, omnipotente en todo, había sancionado. En las calles de Buenos Aires circula un castellano modificado por el pueblo porteño, que algunos escritores argentinos no parecidos en esto a Dante, desdeñan por el castellano de Madrid. (Alberdi en Costa Álvarez, 1922:32)

Buenos Aires-Madrid-Florencia; la pequeña capital de la joven república, la antigua metrópoli, y el tercer elemento que define la diferencia, en este caso una metrópoli extrahispánica, y una tradición prestigiosa y remota asimilada a los códigos contemporáneos. Buenos Aires-París-Madrid será el triángulo que describirá Sarmiento (al menos en su plan inicial), donde hará uso de la propia tradición de la capital española para burlar lo deslucido de su estampa urbana frente a la capital del mundo: “Madrid”, anota Sarmiento en su *Viajes*, “aunque real i mui noble, es siempre la *villa* de Madrid”. En París, en cambio, tal como refiere Viñas (1964:36), pasará del temor del provinciano que ante la capital del mundo se siente acaloradamente nervioso, como un amante novel, al intento de no ser sólo un representante de un gobierno de esas provincias perifericas, sino de ser asimismo reconocido *inter pares* en el centro del prestigio cultural decimonónico. Sarmiento, en París, quiere ser autor. En París, además, se dará el gusto de entregarse a la *flânerie*: “Por primera vez en mi vida he gozado de aquella dicha inefable, de que sólo se ven muestras en la radiante y franca fisonomía de los niños. *Je flâne*, yo ando como un espíritu, como un elemento, como un cuerpo sin alma en esta soledad de París”. Con Viñas, nuevamente, “el tópico del *flâneur* parisino, tan difundido después, tenía un antecedente glotón y desterrado en el Sarmiento de 1850”.

Sin embargo, se encuentra un registro anterior de la *flânerie* en las letras argentinas, que permite repensar la adjetivación de Viñas. El primer, naturalmente anónimo *flâneur* que tan inverosímil como satíricamente se otorgue a sí mismo ese nombre en la descripción en la prensa porteña de 1828 de su deambular por la ciudad, no dudará en afirmar que “En París o en Londres yo hubiera razonado mejor” (Verdevoye, 1994:175). Desde esta luz, y en sus ansias de amante novel e ilegible autor, el de Sarmiento parece más que un destierro un ingreso a las costumbres de una tierra largamente prometida –que, desde luego, se revelará posteriormente como desengaño.¹¹

“En París o en Londres yo hubiera razonado mejor”: la razón, como la lengua, depende para su desarrollo en gran medida de su despliegue en un contexto propicio, cuyo modelo otorgan en este caso las dos capitales más importantes de la época, cuyo rol modélico lejos estaba de escapar a la percepción del lector común en el Buenos Aires posrivadaviano.¹² En Londres,

¹¹ “Sarmiento había sacralizado su entrada a Francia comparando su ingreso con la emoción del niño que va a recibir la primera comunión. Pero su viaje marca el inicio del *desencanto del viajero*, tópico romántico que Sarmiento politiza, descubriendo que la Restauración se desdobra: si en Francia impera la restauración monárquica, en América lo hace el Restaurador de las leyes. Sus dos caras, separadas por el océano, llevan al absolutismo, el atraso y la barbarie. La matriz eufórica del relato se invierte, pero Francia persiste como ‘foco’ y ‘prisma’, tamiz de toda percepción americana” (Colombi, 2004:197).

¹² “El último domingo ha hido (sic) a *flâner* a la plaza Victoria, esperando que los señores que componen el gobierno pasasen por la Catedral, en donde como *flâneur* los he seguido. He hecho muchas observaciones (porque no tenía más que hacer); pero no las diré todas, porque tengo siempre presente el artículo 1° de la ley sobre la libertad de la prensa. A pesar de esto, os diré haber observado que solo tres hombres componen nuestro gobierno y me he dicho a mí mismo, tratando de gobiernos, no es la cantidad sino la cualidad quien lo hace todo. En este caso somos bien gobernados. Ven sin embargo como se raciocina, cuando se tiene miedo de las leyes, aun en un pays (sic) libre? En París o en Londres yo hubiera razonado mejor. (...) Después de misa, nuestro gobierno entró al fuerte, yo me fui a comer. A la tarde vine a la plaza de la Victoria en donde he *flané* mucho, mucho visto y mucho observado, esperando los fuegos artificiales. Se me ha dicho que los habían quemado; pero no lo creo. Quién diablos se divertiría en quemar al Diablo? No es el fuego su elemento? Cuando Napoleón veía a un hombre valiente y patriota, decía: tiene el fuego sagrado. Si Napoleón hubiese *flané* conmigo en la plaza de la Victoria ¿qué no hubiera visto? Ay, hubiese visto, como yo, fuegos artificiales. Ah! Mi pobre país!” (“El Hijo Menor

Andrés Bello había cerrado un año antes de la aparición del *flâneur* porteño su *Repertorio Americano* como primer intento de dar cuerpo al proyecto de ciudadanía criolla que, con la lengua y la (o de la) literatura en su centro, daría lugar a las consabidas polémicas en torno a la reforma ortográfica que preceden el viaje sarmientino. París aparece como un horizonte utópico, una imagen del deseo (en este sentido, en las proximidades de la *Wunschbild* benjaminiana),¹³ como proyección de una modernidad ambicionada que hunde sus raíces en los primeros proyectos de esta élite letrada por dar forma a su ciudad, para hacer de ella un marco propicio para un “mejor razonar” (el antecedente de la utopía que proyecta esta imagen del deseo puede rastrearse ya en el virreinato y perseguirse en la relación entre las ciudades y los libros: las ciudades que describen y quieren vincular, las ciudades que unen y separan en su deambular; cf. Ennis, en prensa). Si París es el modelo por antonomasia de la modernidad urbana, Madrid servirá a Sarmiento (lo mismo que a Gutiérrez) como contraste. Sarmiento va a España “con el santo propósito de levantarla en proceso verbal, para fundar una acusación que, como fiscal reconocido ya, tengo de hacerla ante el tribunal de la opinión en América”, con el objeto además “de estudiar los métodos de lectura, la ortografía, pronunciación y cuanto de la lengua dice relación” (Sarmiento, 1849:128). Todas las impresiones de Sarmiento confirman sus prejuicios y trazan en los gramáticos de la “villa de Madrid” el reverso exacto de lo que la ciudad americana necesitará en cuanto a políticas de la lengua y la cultura. Este contraste alcanzará su extremo cuando el español del *Facundo* lo condene a la inutilidad en cuanto a su función de “llave” de acceso a París como ciudad letrada:

...la llave de dos puertas llevo para penetrar en París, la recomendación oficial del gobierno de Chile y el *Facundo*; tengo fe en este libro. Llego, pues, a París y pruebo la segunda llave. ¡Nada! Ni para atrás ni para adelante; no hace a ningún ojo. La desgracia había querido que se perdiese un envío de algunos ejemplares hecho de Valparaíso Tenía yo uno; pero ¿cómo deshacerme de él? ¿Cómo darlo a todos los diarios, a todas las revistas a un tiempo? Yo quería decir a cada escritor que encontraba ¡jo anco! Pero mi libro estaba en mal español, y el español es una lengua desconocida en París, donde creen los sabios que sólo se habló en tiempo de Lope de Vega o Calderón y después ha degenerado

del Diablo Rosado, tan diablo como el padre”, *Diario mercantil, político y literario*, 3 de mayo de 1828 [Verdevoye, 1994:175-176]).

¹³ Cf. Benjamin, 1991; Ibarlucía, 1998:68.

en dialecto inmanejable para la expresión de las ideas. Tengo, pues, que gastar cien francos para que algún orientalista me traduzca una parte. (Sarmiento, 1849:241, el destacado es mío)

Sarmiento, en París, quiere ser autor, pero su lengua coarta todo afán por lograrlo. Necesita de los servicios de un “orientalista” para sacar su obra del exotismo de su lengua y ofrecerla legible a la *target culture*. El criollo, en este caso, no puede servirse de su lengua. Doblemente transterrado, descubre una lengua que ha perdido las funciones de la *high variety* allí donde la necesita.¹⁴

En esa línea persistirá su muchas veces rival Juan María Gutiérrez en su extendida polémica a partir del rechazo del diploma de académico correspondiente de la RAE. Así, recurrirá repetida y enfáticamente al condicionamiento que el medio urbano moderno de la ciudad de Buenos Aires imponía a cualquier purismo lingüístico. Las *Cartas de un Porteño* apuntan ya desde su título al tejido del más tenaz entre sus argumentos: la pertenencia a una pujante ciudad moderna, que no tolera los oscurantismos que todo casticismo vendría a imponer. Desde luego, cuando Gutiérrez entabla la polémica con Villergas, Buenos Aires se encontraba lejos de parecerse a la metrópoli cosmopolita que describe, y pronta sí a concretar su metamorfosis, aquella que llevará a los patricios criollos a ver en ella una Babel, si no Sodoma –y en ese punto el criollismo como impostura, así como el proyecto de una lengua nacional orientada hacia París confluirán en la forma del *monstrum horrendum* que Quesada, Zevallos, Monner Sans, Cané y demás conjurarán en sus pullas contra Abeille y la literatura popular criollista.

Curiosamente, si la de Gutiérrez puede aparecer como una imagen (delirante) del deseo utópico, que abulta en su descripción los rasgos de una Buenos Aires moderna y cosmopolita, proyectando hacia el futuro lo que ya podía hacerse palpable en su incipiente, medio siglo después, el criollismo de Borges borrará de la ciudad y su idioma todos los signos de la abrumadora presencia de una modernidad polifónica, multitudinaria y pujante, cuyo nostálgico denuesto

¹⁴ “Sarmiento reniega no sólo de España sino de su idioma, por considerarlo de poca difusión, sin trascendencia en el mundo. Así lo revela cuando, entusiasmado por los Estados Unidos, siente deseos de quedarse a vivir allí y piensa en lo que podría hacer para ganarse la vida: ‘¿Enseñar o escribir qué? ¡Con este idioma que nadie necesita saber!’”. (Rojas, 1993:986).

deslizará en las “Quejas de todo criollo”, al imputar a la veneración de las palabras “argentinidad y progreso” que “nuestra ciudad se llama Babel”. Curiosamente, la referencia bíblica será uno de los estandartes de las versiones locales más desembozadas del discurso de la unidad de la lengua, en el varias veces reeditado libro de su presentador en la conferencia “El idioma de los argentinos” (pronunciada y publicada en el diario *La prensa* en septiembre de 1927), Arturo Capdevila (1928).

2

Quizás la de Gutiérrez y Juan Martínez Villergas sea la primera de una larga y aún vigente serie de polémicas en torno a la cuestión de la “unidad de la lengua” a partir de su institucionalización e instrumentación desde la Real Academia como discurso y programa a través del proyecto de fundación de Academias Correspondientes. El 16 de marzo de 1862 aparece en ese sentido como la fecha si no de nacimiento al menos del espaldarazo vital para un discurso que en sus diversas modulaciones sigue extendiéndose hoy por medio del inmenso cuerpo institucional de la industria de la lengua española. En esa fecha, en su discurso de ingreso a la RAE, Juan Valera fundaría las bases de un “programa purista de cuidado de la lengua” destinado a velar por la proximidad del español culto en toda su extensión al del Siglo de Oro como parámetro o cima de las posibilidades de la lengua (cf. Brumme, 1997:81-82; 1993:342). La variación implica aquí divergencia, la diversidad corrupción.¹⁵

¹⁵ Al discurso de la “unidad de la lengua”, tal como es concebido a partir de la década de 1870, se le asignan las siguientes líneas generales, tomándolo como manifestación ejemplar de la conciencia lingüística del “estrato cultural y lingüísticamente hegemónico” español (Brumme, 1997: 91):

1. El temor al desmoronamiento del español como lengua de difusión global (*Weltsprache*), y con ello la debilitación de la conciencia lingüística basada en esa idea de “dominio mundial”;
2. El intento de compensar la derrota política y militar a través del concepto político-lingüístico de la *unidad de la lengua*;
3. La lucha por la hegemonía lingüística, y con ella por la capacidad de influencia política, a la cabeza de la cual iría la RAE;

Es en el marco del surgimiento de este discurso de la unidad panhispánica de la lengua, que tras diversas metamorfosis domina hoy el de los congresos e institutos de la lengua española, que Juan María Gutiérrez recibe con un retraso postal de dos años el diploma de “académico correspondiente extranjero”. La mención se había resuelto en Junta ordinaria de la Real Academia el 11 de diciembre de 1872, y el diploma está fechado en Madrid el 30 de diciembre de 1873. El diploma llegará a Gutiérrez sólo el 29 de diciembre de 1875. Al día siguiente, el polígrafo rector de la Universidad de Buenos Aires entrega su negativa al cónsul español, Salvador Espina, que será publicada en el diario *La Libertad* el 5 de enero del año siguiente. Gutiérrez funda su rechazo, en primer lugar, en su declarada incapacidad para cumplir “cometido alguno de los que impone a sus miembros” el artículo primero de los estatutos de la RAE, sobre todo el de “cultivar y fijar la pureza y elegancia de la lengua castellana”, puesto que el clima cosmopolita de la ciudad de Buenos Aires imposibilitaría su debida persecución, en una urbe poblada de lenguas que “cosmopolitizan nuestro oído y nos inhabilitan para intentar siquiera la inamovilidad de la lengua nacional en que se escriben nuestros numerosos periódicos, se dictan y discuten nuestras leyes, y es vehículo para comunicarnos unos con otros los *porteños*” (Gutiérrez, 1875:28-29).

A la intensidad del contacto en la oralidad cotidiana, se agrega otra razón, concerniente a la lengua culta y escrita, ya esgrimida por Sarmiento décadas

4. Utilización convencional o consciente de posiciones puristas para vencer la resistencia en Latinoamérica al discurso asimilador.

Este discurso cobra una doble dirección entre España y América, con dos tendencias opuestas y en pugna, en el marco del surgimiento y desarrollo de las naciones modernas: “*For Latin American intellectuals who were involved in the process of building their own nations, gaining control over language –over its selection, codification, elaboration, and acceptance– was a natural consequence of independence. For intellectuals involved in the creation of a modern Spain, retaining control over those same processes became a necessity to demonstrate Spain’s viability as a nation. (...) being one of the old European national states, Spain needed to boost its international image and demonstrate the loyalty of its former colonies. The clash between the discourses that verbalised these two conflicting projects constitutes what Carlos Rama has referred as the language battle [“la batalla del idioma”] (1982:115-59) (del Valle/Stheeman, 2002:9).*

antes, según la cual la asimilación de los contenidos impide el cuidado de la forma:

Los hombres que entre nosotros siguen carreras liberales, pertenezcan a la política o a las ciencias aplicadas, no pueden por su modo de ser, escalar los siglos en busca de modelos y de giros castizos en los escritores ascéticos y publicistas teólogos de una Monarquía sin contrapeso. Hombres prácticos y de su tiempo, antes que nada, no leen sino libros que enseñan lo que actualmente se necesita saber, y no enseñan las páginas de la tierna Santa Teresa ni de su compañero San Juan de la Cruz, ni libro alguno de los autores que forman el concilio infalible en materia de lenguaje castizo. (1875:29)

Gutiérrez expresa también su deseo de que la instrucción del porteño ilustrado y cosmopolita que describe pudiera munirse de un mayor volumen de lecturas en español, a lo que agrega sin embargo una crítica a las traducciones “que nos suministra la imprenta europea” (30). Seguidamente, niega la posibilidad de lograr mantener la pureza de la lengua, considerando que el purismo tiende más a detener el progreso del pensamiento que a ayudarlo, y añadiendo que uno de los grupos que atentan contra la corrección del idioma es el de los mismos españoles, que en ese momento comenzaban a emigrar en masa hacia Argentina (*ibid.*), descartando también uno de los pronósticos postulados por el discurso de la unidad de la lengua como futuro probable para los secesionistas: precisamente el devenir “*patois*” a partir de la continuada exposición al contacto:

A mi ignorancia no aqueja el temor de que por el camino que llevamos, lleguemos a reducir esa lengua a una jerga indigna de países civilizados. El idioma tiene íntima relación con las ideas, y no puede abastardarse en país alguno donde la inteligencia está en actividad y no halla rémoras el progreso. Se transformará, sí, y en esto no hará más que ceder a la corriente formada por la sucesión de los años, que son revolucionarios irresistibles. El pensamiento se abre por su propia fuerza el cauce por donde ha de correr, y esta fuerza es la salvaguardia verdadera y única de las lenguas, las cuales no se ductilizan y perfeccionan por obra de gramáticos, sino por obra de los pensadores que de ellas se sirven. (1875:31)

Por último, expondrá como segundo conjunto de razones las políticas, que le hacen considerar “peligroso para un sudamericano la aceptación de un título dispensado por la Academia Española”, puesto que la misma lo comprometería con una tradición católica y monárquica que su liberalismo laico le

impide aceptar ni tolerar, convencido así de estar actuando “como americano libre” al rechazar el diploma académico (cf. Costa Álvarez, 1922:63). Este argumento le permite, al paso, reprochar la actitud de los “distinguidos sudamericanos, especialmente en la antigua Colombia, que han aceptado el cargo de fundar Academias correspondientes con la de Madrid” (Gutiérrez, 1875:32). Del mismo modo en que Gutiérrez funda su resistencia a la presencia de la RAE en la proyección de una Buenos Aires moderna, liberal y cosmopolita en las antípodas de la “villa de Madrid” que deplorara Sarmiento, la fundación de la Academia Colombiana había estado signada por la representación de la filiación colonial de Bogotá. Como refiere Malcolm Deas en *Del poder y la gramática*, el número de miembros estipulados inicialmente para la composición de la Academia se fijó en doce “como conmemorativo de las doce casas que los conquistadores, reunidos en la llanura de Bogotá el 6 de agosto de 1538, levantaron como núcleo de la futura ciudad”. (Deas, 1993:31-32). El espacio de la Academia se convierte entonces en lugar de memoria del origen colonial, en una forma del destierro criollo diversa y más directa que la que observábamos en Sarmiento: el de la Academia es el espacio del asentamiento español en Colombia, la restitución de una continuidad interrumpida por lo que, considerado origen por la generación de Gutiérrez, será reducido por Caro a mero incidente doméstico. Si el cosmopolitismo ilustrado y liberal que Gutiérrez comprueba o anhela en una Buenos Aires que recién comenzaba a recibir la inmigración masiva desde Europa es lo que hace imposible pensar en la instalación de una institución conservadora del lenguaje, al que prefiere pensar antes como flexible norma sometido a las necesidades del uso culto, la aludida “antigüedad” de Colombia había resultado determinante en el discurso que sostendría la instalación de la primera Academia Correspondiente en América.

En este contexto de institucionalización y polémica en torno al discurso de la unidad de la lengua tiene lugar también la correspondencia entre Gutiérrez y Miguel Antonio Caro, quien representa dentro de la historia de las ideologías lingüísticas en la hispanofonía una figura diametralmente opuesta a la del argentino. Si Gutiérrez conjuga el patrocinio de las tendencias centrífugas del

español con un liberalismo laico en política,¹⁶ aquél promovería la unidad lingüística con centro en Madrid, combinando su actividad filológica con su ferviente catolicismo y conservadurismo político, a través de la prensa (con su periódico *El tradicionalista*) y llevando adelante una carrera en la vida pública que lo llevará a ser vicepresidente electo y presidente en ejercicio del gobierno conservador.¹⁷ Es a raíz de su gesto, y de los reproches que a causa del mismo le hace Caro, que Gutiérrez le sugeriría la creación de academias de la lengua en América¹⁸ desligadas de la RAE, propuesta que el colombiano rechazará.¹⁹

¹⁶ Guitarte caracteriza el fondo ideológico de la postura de Gutiérrez identificándola con la que ya había caracterizado a toda su generación décadas antes (Guitarte, 1962b:567-568), y comentando el modo en el cual Caro acusa la constelación ideológica que respalda el favorecimiento por parte de Gutiérrez de las tendencias centrífugas del español en América, da cuenta de aquella del siguiente modo: “El impulso de incorporar a la América española al mundo moderno tenía dos caras: una positiva, el liberalismo, como ideología decimonónica de la modernidad, y otra negativa, el anticatolicismo, o sea la negación del anterior orden asentado sobre una trascendencia religiosa. En la realidad americana, concretamente, estos dos polos de la conducta de los reformadores hispanoamericanos revestían el carácter, por un lado, de antiespañolismo, en cuanto era España quien había establecido la estructura de vida teocéntrica que trataban de derribar, y por otra parte, de americanismo (...)” (Guitarte 1962a:47).

¹⁷ Así describe von der Walde (1998) la actividad de Caro: “Caro irá un paso más allá, pues en su obra política y filológica fundamenta la moral y la conducción de los pueblos en el uso del lenguaje. Serán los gramáticos quienes posean la entereza y la sabiduría para el manejo correcto del país a partir del manejo correcto de las ideas que les permite el manejo correcto del lenguaje, en medio de una población analfabeta. La lengua se convierte en el predominio de una clase para gobernar y excluir y queda lejos de ser la unificadora de todos los colombianos como quiera que se entendiera la ciudadanía en ese entonces. La corrección idiomática se convierte en norma social, lugar de acceso al poder político en muchos casos de la mano de una profesión radical de catolicismo ultramontano y rechazo absoluto de las ideas modernas. Los gramáticos, en alianza con los prelados, conforman una ciudad letrada que es una ciudad amurallada a la que se ingresa por vías de la construcción y el régimen gramatical. Una ciudad en donde la letra se utiliza para hablar de la letra, para regularla y normativizarla. Por fuera de esta ciudad letrada se ubica el país real. El régimen de la letra excluye lo que se dice por fuera de la ciudad letrada, porque no se dice correctamente.”

¹⁸ Gutiérrez propone esta idea a Caro en carta del 26 de septiembre de 1875: “Comprenderá V. por qué no he respondido al nombramiento que de mí hizo la Academia para formar en el Plata una *sucursal suya*. Ya que no podemos hablar otra lengua que la castellana, démosla con nuestros

Es así que el discurso inaugural de Caro en la Academia Colombiana apuntará a la crítica de los excesos en la postulación de la preeminencia del uso sobre la norma heredada, y a reforzar así desde la otra orilla el discurso de la unidad de lengua, cultura, raza y destino de los pueblos hispanohablantes que, con Juan Varela a la cabeza, comenzaba a consolidarse en la Península.

Mas con la lengua de Castilla se ha verificado un fenómeno que no tiene ejemplo en la historia: que habiéndose extendido por derecho de conquista a remotos y dilatados territorios, ha venido a ser lengua común de muchas naciones independientes. De ser hermanas blasonan las Repúblicas de la América Española, y ora amistosos, ora sañudos sus abrazos, serán siempre, si en paz, hermanas y si en guerra, fraticidas; anverso y reverso de un parentesco fundado en una común civilización, y estrechado por vínculos de los cuales la unidad de la lengua no es el menos poderoso. (Caro, 1881a:39)

Por otra parte, en un texto dedicado a limitar el alcance de la llamada “leyenda negra” y rehabilitar la imagen de los conquistadores españoles en la consideración de los criollos americanos, Caro (1881b:195) hablará de “la España de ambos mundos”, perspectiva que conduce a observar las guerras de la independencia como guerras civiles (1881b:201). Allí impugna, por volteriana, la hispanofobia inicial de los criollos independizados²⁰ y conceptualiza la común identidad de españoles y americanos, la continuidad entre conquistadores y criollos, apelando a un ejercicio de su especialidad, la filología latina:

Los romanos tenían una frase expresiva y exacta que, no sin misterio, ha desaparecido de los idiomas modernos –mores ponere–, fundar

propios medios y esfuerzos una fisonomía propia y nuestra, Americana, componiendo una ‘academia’ desde Méjico hasta aquí” (Guitarte, 1962a:35).

¹⁹ Acerca de la relación epistolar entre Caro y Gutiérrez, ver Guitarte (1962a, b).

²⁰ “Dominados ellos [los criollos, llamados ‘hijos de nuestra raza’] de las ideas filantrópicas predicadas por el enciclopedismo francés, o creyendo que expiaban las culpas de Corteses y Pizarros, sin ver la viga presente en el ojo propio, sin considerar que la expulsión de los jesuitas por el rey Carlos III, y la propaganda volteriana de los consejeros y validos de aquel monarca y de su inmediato sucesor, eran los verdaderos errores que ellos estaban purgando, las causas que de cerca determinaban la pérdida de las Américas; y nosotros figurándonos que íbamos a vengar los manes de Motezuma y a libertar la cuna de los incas; españoles peninsulares y americanos, todos a una, aquende y allende los mares, de buena fe, a veces, otras por intereses o por ficción, maldecíamos y renegábamos de nuestros comunes padres” (Caro, 1881b:194).

costumbres, lo cual es muy diferente de dictar leyes. Moresque virist et moenia. Costumbres y murallas, cultura religiosa y civilización material, eso fue lo que establecieron los conquistadores, lo que nos legaron nuestros padres, lo que constituye nuestra herencia nacional, que puede ser conmovida, pero no destruida, por revoluciones políticas que no fueron transformación social. (Caro, 1881b:202)

La forma fundacional de la ciudad en la Academia traduce –pone en criollo– el latinismo *mores ponere* y oficia de garantía para la continuidad de una moral común del lenguaje. Católico conservador, en filología y política, las lenguas de la política y las políticas de la lengua se confunden en el trabajo de Caro y completan el mapa de su imaginación urbana criolla con un tercer punto: la ciudad de Dios. Bogotá debe velar, según quien desde allí ejerciera la presidencia entre 1892 y 1898, por los fueros de la lengua de Madrid y la soberanía de la Iglesia de Roma. Al menos así se lee en los textos político-programáticos de “El partido católico” –artículo en el cual se ocupa de exponer enfáticamente el carácter “satánico” del liberalismo y la necesidad de un gobierno católico conservador para sociedades como la colombiana, donde la mayoría profesa ese credo, en el cual la cuestión de las tensiones políticas en el proceso de secularización toma cuerpo en el conflicto por la jurisdicción política sobre la ciudad de los Papas– o de la exposición del “Programa Católico de *El Tradicionalista*”, órgano de prensa del conservadurismo fundado y conducido por Caro, que ubica en tercer lugar la reivindicación de Roma para la Iglesia: “Roma es de los Papas. La Capital del orbe católico no es patrimonio de Italia sino de la Iglesia. La independencia local de la Santa Sede asegura la libertad de las almas y los derechos de las clases desvalidas. Los pueblos católicos deben protestar contra la ocupación de Roma, y están en el caso de unirse para reivindicar su herencia” (Caro, 1871:250).

La reivindicación de una herencia define el *ethos* de un conservadurismo criollo que se extenderá, como reacción ante el “criollismo” como lectura y apropiación espuria de la misma, en la Argentina del Centenario. Lo criollo se convierte entonces en una forma de autenticidad crítica frente al epígono o desvío “criollista”, que encuentra su centro, nuevamente, fuera.

Hay en el texto fundamental de Caro en cuanto a la cuestión de la lengua española en América, el anteriormente mencionado *Del uso en sus relaciones con el lenguaje* (discurso leído el 6 de agosto de 1881 en la junta inaugural de la Academia Colombiana de la Lengua), una instancia de diálogo y homenaje que permite entrever la prefiguración de lo que su colega y compatriota hará dos décadas más tarde, desde París. En este homenaje, además de la carga elogiosa explícita que contiene el párrafo que Caro dedica aquí a Cuervo, es el primero en ubicarlo en su argumentación en el lugar que la historia de la lingüística hispanoamericana terminará de adjudicarle posteriormente, como sucesor de Bello e impulsor de la lingüística más rigurosamente descriptiva en estos lindes.

Uno de vosotros, introduciéndonos al estudio de las modificaciones dialécticas que ha experimentado el castellano en estas regiones, es, que yo sepa, quien ha establecido en este negocio literario distinciones más precisas y atrevidas. Reconoce el autor de las Apuntaciones críticas la autoridad de Gramáticas y Diccionarios fieles a su instituto, en cuanto representan el uso, que “de tiempo atrás es reconocido por todos como árbitro, juez y norma del lenguaje”. Pero no sigue como única guía la del uso: son dos los fundamentos en que apoya sus decisiones, á saber: el uso, y la lingüística ó ciencia del lenguaje, “base verdadera de la gramática general y criterio segurísimo, superior en cierto sentido á la autoridad y su limitador, aunque también se le subordina en ocasiones”; si bien, por punto general, se dan la mano y mutuamente se sustentan. “Considerad cuánto se menoscaba la ley de la costumbre, cuando á su lado se coloca, y aún á veces por cima de ella se levanta, el principio de la ciencia! Ya no es el lenguaje árbitro y juez, sino un poder equilibrado por otro poder; la monarquía absoluta, de tiempo atrás reconocida por todos, se convierte en gobierno templado y mixto. Y el uso mismo padece recortes: necesario es distinguir entre el uso propiamente dicho, que hace ley, y el abuso, que debe extirparse. Son notas del primero el ser respetable, general y actual... En materia de lenguaje jamás puede el vulgo disputar la preeminencia á las personas cultas; pero también es cierto que á la esfera de las últimas puede trascender algo del primero en circunstancias y lugares especiales.” El sabio Hartsenbusch llamó “atinados” estos principios; “juiciosa, oportunísima, sólidamente fundada la doctrina de nuestro compatriota”. (Caro, 1881a:12-13).

La imagen de Cuervo que la tradición nos transmite, siempre, como en el sello de la prestigiosa institución colombiana, acompaña y contrasta la de su interlocutor en la junta. A su lado, el de Cuervo aparece como un conservadurismo no militante (Deas, 1993), como una versión distante y desapasionada del febril trajinar político-académico de Caro. Quizás sea eso lo que le permitirá acceder al rango de primer filólogo moderno en Hispanoamérica: sus contemporáneos, desde Bello hasta Caro, se convirtieron en políticos que, entre sus diversos

afanes, contaban el de la filología como uno de los principales (o hacían de la filología una forma bastante poco mediada de la política). Cuervo, sin embargo, será el primero que subordine la razón de Estado (la del Estado conservador, la de Caro y la Academia Colombiana de la que era miembro fundador) a la razón científico-filológica.

Cuervo publica sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje Bogotano* por primera vez en 1872. Este primer clásico de la lingüística hispanoamericana será reeditado varias veces, y las modificaciones en su prólogo definirán cambios en la opinión del filólogo colombiano acerca del futuro de la lengua española en América que traerán una intensa y extendida polémica. Nacido en Bogotá, participó de la fundación de la Academia Colombiana de la Lengua, uno de cuyos doce sillones le correspondiera, así como el homenaje como el lingüista más reconocido en la misma en el discurso inaugural de Caro. Pocos años después de este comienzo, en 1882, Cuervo se traslada a París, donde la posición familiar le permitirá disfrutar de las ventajas que la capital del mundo podía ofrecer al investigador. Y en París, como bien anticipara el *flâneur* porteño de 1828, Cuervo podrá pensar mejor. En todo caso, podrá pensar más cerca de los centros de producción del saber lingüístico prestigioso y legítimo y sus formas. Desde luego, y esto lo saben bien los modernistas desconocidos en París (cf. Colombi, 2004), no basta con la presencia en la capital del mundo para desplazar el lugar de enunciación del intelectual latinoamericano. El reconocimiento de parte de las instancias de producción del saber científico legítimo sobre la lengua en Europa será lo que opere, al parecer, el cambio decisivo en la perspectiva de Cuervo, disparando la polémica con Valera en los primeros años del siglo XX. Así como Gutiérrez tomara posición polémica en su rechazo del aval académico matritense apoyándose en el discurso de la lingüística moderna,²¹ Cuervo, miembro

²¹ A fines de 1876 Gutiérrez vuelve a subrayar, en carta a su amigo colombiano Ezequiel Uricoechea –entusiasta promotor de la creación de academias correspondientes en América, que intentaría sin éxito ganar a aquél para tal causa–, este desconocimiento y rechazo de los estudios de la filología europea contemporánea en el ambiente académico español. Al hablar del comentario de Aureliano Fernández Guerra y Orbe sobre la última edición de la *Gramática* de la RAE, observa: “¡Qué pesadez, qué empirismo! El hombre no muestra la menor tintura de la *ciencia del lenguaje* y malgasta tinta para decir y expresar cosas que en el lenguaje de la *ciencia filológica* no requieren más que pocas palabras” (Romero, 1998:217). [la cursiva es mía]

honorario y correspondiente de la RAE desde 1878, torcerá su camino al lograr el reconocimiento –y la enmienda– de una de las eminencias de su tiempo en este campo: August Friedrich Pott.

Las primeras ediciones de las *Apuntaciones* de Cuervo situaban en su pórtico mismo una cita de Antonio Puigblanch, mediante la cual el autor intentaba fijar el lugar de su trabajo acerca de las divergencias en el uso del español bogotano entre los afanes del, aunque incipiente, ya vigoroso discurso de la unidad de la lengua: “Los españoles americanos, si dan todo el valor que dar se debe á la uniformidad de nuestro lenguaje en ambos hemisferios, han de hacer el sacrificio de atenerse, como a centro de unidad, al de Castilla, que le dio el sér y el nombre”.

En 1876, por intermedio del anteriormente mencionado Uricoechea, amigo también de Cuervo, éste envía una copia de su libro al lingüista alemán August Friedrich Pott, profesor de la Universidad de Halle, quien lo incluiría en una reseña de varias obras, detrás de los comentarios al trabajo de Julius Platzmann sobre el tupí-guaraní y otras lenguas, recomendando su lectura a los romanistas (a partir de la aclaración, cara a la *diferencia* criolla, de que en este caso no se trata de una lengua “salvaje”), y excusándose al mismo tiempo –por no tratarse de una lengua ni de un ámbito de su especialidad– de juzgar su valor “interno”, aunque lo presume sin dudas interesante. Sin embargo, Pott se detendrá en su reseña en un punto a su ver conflictivo y de especial relevancia para la lingüística general, y ese punto es la orientación que desde el comienzo marca la cita de Puigblanch, que, como afán, nada podría oponer a lo inexorable del pronóstico científico acerca del futuro del español en América:

Wie bei Zusammenstoss und Vermengung verschiedener Sprachen, die mannichfachsten Abweichungen entstehen, und ein solches allmählich in immer weiter gezogenen Kreisen, zu Unterdialekten, Dialekten, selbständigen Sprachen, und oft noch mehr, auseinandergehend, sich verbreitern kann: welch Wunder, wenn die von Europa nach Amerika hinüber verpflanzten Sprachen allmählich der daheim zurück verbliebenen Redeweise, fast von Jahrzehnt zu Jahrzehnt, ungetreuer werdend sich verrathen! [Como en la colisión y mezcla de diferentes lenguas, donde surgen diversos desvíos, y se puede expandir progresivamente en círculos siempre crecientes en subdialectos, dialectos, lenguas autónomas, y frecuentemente aún más, distanciándose: ¡qué milagro, cuando las lenguas transplantadas de Europa a América se revelen casi década a década deviniendo cada vez más infieles a las hablas dejadas en casa!] (Pott en Pfänder, 2006:42)

La metáfora organicista del *transplante* (el español de América es una *verpflanzte Sprache*) mantiene, pese a contradecirlos, los términos fundamentales de la (auto)conciencia de lo criollo como desgarramiento originario, como identidad trasterrada nostálgica de –o reacia a– un origen diferido en el tiempo y el espacio. La representación arbórea de la lengua codifica en un registro de pretensiones científicas un patrón similar al que funda la continuidad imaginada de la comunidad originaria en la Academia Colombiana de la Lengua con sus doce sillones de doce conquistadores. En ese sentido, la *diferencia* criolla es la que hace ganar interés a la obra a los ojos del *Sprachforscher*, que puede ver en ella la emulación de su propia historia.

Dem Sprachforscher wird es ein nicht geringes Interesse gewähren, durch dasselbe [Werk des Hrn. Cuervo] auch in die Irrgänge einer Sprache (...) einen Blick zu werfen, um daraus lehrreiche Winke zu entnehmen, namentlich zu leichterem Begreifen von Idiomen, welche, wie eben die Romanischen, aus dem mehrfach zertrümmerten oder doch arg angegriffenen Latein – ein neues Leben mit neuem Prinzip aus Ruinen erblühten. [Al estudioso de la lengua le deparará un interés para nada escaso, arrojar un vistazo, a través de la misma [obra del Sr. Cuervo](...), en los laberintos de una lengua, para extraer de allí provechosas sugerencias, precisamente para la más fácil comprensión de idiomas que, como justamente los románicos, a partir del múltiplemente derruido, o acaso duramente atacado latín, hicieron florecer de las ruinas una nueva vida bajo un nuevo principio] (ibid.) (la traducción es mía)

Stefan Pfänder (2006) –a quien estas notas acerca de la correspondencia entre Cuervo y Pott deben casi todo– indica cómo la autoridad científica de Pott, a la cual Cuervo remite profusamente en sus trabajos, parece haber obrado una influencia decisiva en el viraje que posteriormente se produciría en la perspectiva de Cuervo sobre el problema del futuro de la unidad de la lengua española en América en general, y sobre las posteriores revisiones de las *Apuntaciones* en particular: “August Friedrich Pott no habrá fundado la filología latinoamericana, pero en cierta forma le dio alas” (Pfänder, 2006:47, traducción mía). Esta influencia, reconocida aunque demorada, se manifestará primeramente en la carta-prólogo al *Nastasio* de Francisco Soto y Calvo (1899), en la cual Cuervo alega la más que escasa difusión de las letras españolas en América (“nuestra vida intelectual se deriva de otras fuentes”) como causa concurrente con la

ausencia de un “regulador” que garantice la tan solicitada unidad de la lengua. De este modo, retoma tardíamente las observaciones de Pott, suscitando a la vez la agria y polémica respuesta del mismo Juan Valera, quien argumentará desde las páginas de *El Imparcial*:

No hay motivo, pues, para recelar la desaparición en el nuevo continente de la lengua castellana, a no ser que los actuales habitantes o ciudadanos de las nuevas repúblicas se consideren, con humildad profundísima, tan pobres de ser propio que vengan a sobreponerse a ellos y a hacerles olvidar el habla de sus padres, o bien los indios indígenas, o bien los emigrantes italianos, franceses o alemanes, que acudan en busca de trabajo y bienes de fortuna. (Valera, 24.09.1900:3)

Valera apunta, en estricta contemporaneidad, al corazón del debate que estallaba simultáneamente en Argentina a partir del libro de Abeille y el ya largo recelo que ante el fenómeno del criollismo cultivaban los patricios criollos (cf. Ennis, 2008; Oviedo, 2005; Di Tullio, 2003; Rubione, 1983). La defensa de Cuervo, desde las páginas del *Bulletin Hispanique* (1901-1903), resultará contundente tanto en la solidez de sus argumentos (codificados en el registro de la lingüística moderna) como en la rigurosidad y erudición de su sostén. En la carta abierta con la que se propone en 1903 establecer ya desde el título el “Fin de una polémica”, Cuervo parafraseará directamente las líneas de Pott arriba citadas para sellar definitivamente la discusión. Finalmente, en la sexta edición de las *Apuntaciones*, publicada de manera póstuma en París, el lingüista colombiano entregaría un prólogo ya completamente modificado, en el cual al *desideratum* de la primera se opone la fatalidad de un designio:

En América la lengua fue toda importada, en forma harto diferente de la que hoy se habla en España, y por pobladores de procedencia diferente, que llevaron muchos términos y expresiones regionales; y aunque la influencia de la metrópoli, social y administrativa primero, y literaria después, ha contribuido a nivelarla, el resultado no ha sido completo; y las diferencias, así con respecto a España, donde el idioma no permanece estacionario, como entre los varios Estados americanos, han ido creciendo, y es de temer que, con el tiempo, vayan siendo mayores. En suma, el caso ofrece notables semejanzas con la difusión del latín en el orbe romano. (Cuervo, 1914:XIV)

Lo interesante, en este caso, es que el patrón histórico de inevitabilidad –que impone al hablar de los criollos ya no un programa emancipatorio sino la

fatalidad de un deslinde– es el mismo que permitía también explicar la emergencia de las lenguas criollas del Caribe. Por otra parte, frente a la mayor legitimidad lograda por el discurso de la lingüística del siglo XIX (su palabra es la de la ciencia, y Cuervo es quien detenta esa palabra en el mundo hispanohablante),²² la autoridad de la RAE (la que ampara y respalda a Valera) prescribe. Sin embargo, será la voz lingüística más prestigiosa de España en el siglo XX la que decida la disputa varias décadas después, reconociendo la mayor autoridad discursiva del colombiano, aunque acusándolo de senilidad y quitando valor al apoyo científico de su discurso, decidiendo a favor de Valera no a partir del mayor poder de convicción de sus argumentos ni de la elaboración más cuidada y actualizada de los propios, sino simplemente gracias a su mayor prestigio en el campo: en la disputa entre Cuervo y Valera, quien decide (y quien triunfa) es Menéndez Pidal²³ (cf. Menéndez Pidal, 1945).

4

En suma, la ciudad de Gutiérrez es la Buenos Aires cosmopolita, una metrópoli que es más una proyección al futuro que una realidad palpable –una proyección utópica que domina la escritura de su generación, desde el *Facundo* hasta *El matadero*–. La de Caro es la ciudad colonial, la que se evidencia como huella de la presencia europea en América, como patrimonio heredado del “derecho de conquista” de los primeros españoles que habitaron esas llanuras, y es también la forma más materialmente política de la *civitas dei* como herencia cristiano-europea. La de Cuervo es una Bogotá transportada a la París de la exposición universal. Como en el caso de muchos modernistas, la de Cuervo es una París subvencionada con la fortuna familiar en Latinoamérica, pero se

²² En la historización de la filología hispanoamericana, Rufino José Cuervo “representa el ascenso del hispanoamericano a la filología” (Guitarte, 1965:231).

²³ “*Minorité et majorité ne s’opposent pas d’une manière seulement quantitative. Majorité implique une constante idéale, comme un mètre-étalon par rapport auquel elle s’évalue, se comptabilise. Supposons que la constante ou l’étalon soit Homme-blanc-occidental-mâle-adulte-raisonnable-hétérosexuel-habitant des villes-parlant une langue stantard*” (Deleuze, 1978:154-155).

constituye, como espacio de enunciación, en un elemento decisivo en estas polémicas. No sólo por el prestigio que pueda otorgar el *Bulletin Hispanique* como tribuna, sino también porque es desde esa posición geográfica que accederá de manera más directa a los desarrollos contemporáneos en la filología moderna, introduciendo además su libro en ese circuito, al enviarlo a Pott y recibir su reseña en el *Göttingische Gelehrte Anzeige* de 1877. Y al parecer, de lo que se habla, en todos los casos, es de políticas lingüísticas, de las definiciones políticas de la lengua que se asume como lengua de cultura. Sin embargo, una y otra vez –y en este punto es que la ciudad modélica de lo latinoamericano sigue siendo la ciudad letrada europea, la París donde ni Sarmiento ni los modernistas pueden ser “autores”– el espacio que abre la polémica o deja ver la sombra del peligro es el de la literatura. El arco que va de la ilegitimidad caricaturesca del criollismo a la proliferación del colorismo lingüístico local en autores más legítimamente criollos y el galicismo mental de Rubén Darío marca las coordenadas de una polémica que se extendería en el tiempo: es Valera, quien firma el célebre prólogo a *Azul...* (1888), el primer vocero del discurso de la “Unidad de la lengua”, quien entabla la disputa con Cuervo, a propósito de lo que éste afirma, en primer lugar, desde el prólogo al *Nastasio* de Francisco Soto y Calvo (1899). Es en torno a distintos artefactos literarios (neoclásicos, románticos, gauchescos, criollistas, modernistas) que se dirimen los términos de la disputa.

5

Probablemente, al hablar de “jerga indigna de países civilizados”, Gutiérrez estaría pensando en casos como el del “francés de los haitianos” que convoca el escándalo de Toro y Gisbert. En efecto, y guardando todas las distancias, el caso del *créole* nos pone ante el extremo opuesto en el abanico de posibilidades que despliega el discurso de lo criollo en América Latina. Lo criollo, como epígono, desvío o extensión, como destierro de Europa, señala una diferencia que Pott anota en su reseña, y que nos remonta a ese otro extremo: lo llamativo en el caso de Cuervo es que no se trata de ninguna lengua salvaje (*wilde Sprachen*), sino de una que, de acuerdo con sus antecedentes familiares,

debía seguir el patrón del latín vulgar. Es que, así como la gramática latina había sido el patrón para medir el salvajismo de las lenguas y su grado de evolución, la historia del latín vulgar como rama mejor documentada en la historia de la evolución de las lenguas indoeuropeas serviría también de modelo para pronosticar o examinar retrospectivamente la evolución de sus sucesoras. La comparación con el latín vulgar sirve en todo caso para otorgar dignidad histórico-filológica a la proyección de una emancipación lingüística en las naciones hispanoamericanas, o bien para subsumir el *doble criollo* del caribe a lo propio o lo universal (que, en estos casos, resulta ser lo mismo): lo que se discute en ambos casos son los términos de una *translatio imperii*. Las dos son formas de estigmatización en la marginalidad de la barbarie y toman como punto de partida el carácter acabado, de punto de llegada, de la cultura europea dominante: la noción de corrupción que se encuentra en Labat y alcanza a Toro y Gisbert se traduce en la lectura de la propia filogénesis (como manera de contribuir, además, a la justificación de la dominación y el consecuente exterminio, en tanto es la cultura adulta la que debe hacerse cargo de las inmaduras).

Lo criollo, en ese sentido, es lo doble, la repetición imposible, desplazada, de un origen perdido, o la postulación de una futura asimilación al otro, a lo uno. Tiene un habitar incómodo, que cifra su descolocamiento en las imposibilidades o al menos en las extremas dificultades (subjetivas u objetivas) de su incorporación: está fuera de lugar, como el *ready-made*. Ese es al menos el dispositivo que explicaría la presencia de un *flâneur* en la Buenos Aires del siglo XIX, y podría traducir también el “*habiter la langue française de manière créole*” que promueve Raphaël Confiant (cit. en Ludwig, 2008). Fuera de lugar, desestabiliza, dificulta y fuerza a la violencia al permanente intento de lo uno de reintegrar la diversidad o el enigma criollo a la propia génesis, de incorporarlo por asimilación o analogía a la ilusión de plenitud de su *arché*. Al catalogarlo como mera derivación o epígono, el criollo es despojado de su secreto (cf. Antelo, este mismo volumen), volviéndolo naturaleza o subsumiéndolo en el devenir previsible de la propia infancia. El canibalismo de Calibán se convierte en dispositivo cultural, como puede observarse, por ejemplo, desde el *Manifiesto antropófago* de Oswald de Andrade hasta el *Calibán* de Fernández Retamar, que anticipa la necesidad *créole* de habitar la lengua del otro para poder interpelarlo (maldecirlo, pervertirlo,

corromperlo: el ensayista cubano recuerda los versos que Shakespeare pone en boca del personaje de *The Tempest*: “*You taught me language, and my profit on’t / Is, I know how to curse*”):

Y es que en la raíz misma está la confusión, porque descendientes de numerosas comunidades indígenas, africanas, europeas, tenemos, para entendernos, unas pocas lenguas: las de los colonizadores. Son las lenguas francas capaces de ir más allá de las fronteras que no logran atravesar las lenguas aborígenes ni los créoles. Ahora mismo, que estamos discutiendo con esos colonizadores, ¿de qué otra manera puedo hacerlo sino en una de sus lenguas, que es ya también nuestra lengua, y con tantos de sus instrumentos conceptuales que son ya nuestros instrumentos conceptuales? (Fernández Retamar, 1979:14)

La lengua es un hábitat que siempre parece ajeno, y por eso al pensarla el criollo pensará en la ciudad que le pueda otorgar su orden. En ese sentido, si uno de los extremos del arco que este trabajo quiere comenzar a trazar debería tener en cuenta las formas de construcción de la ciudad y la ciudadanía criollas a partir de un programa basado en el cuidado castizo y purista de la lengua (en una superación de sus mismos modelos, basada en una representación del ciudadano que bien figura el *mètre-etalon* deleuziano²⁴) en la trayectoria de Andrés Bello, desde Londres hasta Santiago; el otro extremo podría volver, por ejemplo, sobre la lectura de *Texaco* de Raphaël Confiant (premio Goncourt 1992) como *conquête de la ville*, que a la vez es conquista, ocupación, uso o apropiación de la lengua francesa.

Definido desde el comienzo con el vacilante rótulo de “aproximaciones”, este trabajo no pretende tanto iniciar el camino hacia una definición de “lo criollo” como aprovechar la productividad crítica que ofrece la versatilidad del término en la historia. Se ha intentado comenzar a trazar aquí las coordenadas iniciales de un trabajo que –sin olvidar, sino partiendo de las diferencias internas que su uso aconseja– quiere perseguir en la deriva histórica de un nombre un derrotero singular para observar el modo en el cual se piensan los lindes de la lengua y la literatura en América Latina.²⁵

²⁴ La polémica entre Cuervo y Valera es referida y analizada también en Carilla (1975 I:205-206); Guitarte (1981); del Valle (2002).

²⁵ Quisiera, finalmente, agradecer las lúcidas sugerencias de Raúl Antelo, la detenida y acertada crítica de estas notas de parte de Hernán Pas, la precisa erudición de Fernando Alfón, el siempre

Bibliografía

Alberdi, J.B. (1852): „Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina, derivadas de la ley que preside el desarrollo de la civilización en la América del Sur”, en *Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1846-1880)*, Halperín Donghi, T. (ed.). Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1980.

Alfón, F. (2008): “La exhumación de un raro”, en *El patrimonio lingüístico extranjero en el español del Río de la Plata*, Grossmann, R. (1926). Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 9-32.

Ansaldó, U. y Matthews, S. (2007): “Deconstructing Creole: the Rationales”, en *Deconstructing Creole*, Ansaldó, U.; Lim, L. y Matthews, S. (eds.). John Benjamins, Amsterdam & Philadelphia, 1-20.

Antelo, R. (2008): *Crítica acéfala*. Grumo, Buenos Aires.

Bachmann, I. (2002): “Übersetzen in Kreolsprachen. Predigten, Preziosen, Prestige”, en *Übersetzen in Lateinamerika*, Scharlau, B. (ed.). Narr, Tübingen, 203-225.

(2005): *Die Sprachwerdung des Kreolischen*. Narr, Tübingen.

Benjamin, W. (1991): “Paris, die Hauptsadt des 19. Jahrhunderts”, en *Gesammelte Schriften*, Band V. Frankfurt (Main), Suhrkamp, 45-77.

Bickerton, D. (1981): *Roots of Language*. Karoma Publishers Inc., Ann Arbor, Cambridge.

(1984): “Creole is still king. Author's Response”, en *The Behavioral and Brain Sciences* 7:2. Cambridge, 212-218.

(1988): “Creole languages and the bioprogram”, en: Newmeyer, F. (ed.): *Linguistics: The Cambridge Survey*. Cambridge University Press, Vol. 2. Cambridge, 267-284.

Borges, J. L. (1927): “El idioma de los argentinos”, en *El idioma de los argentinos*. Alianza, Madrid, 1998.

Brumme, J. (1993): “Die unidad de la lengua als Ersatz für den Verlust der spanischen Kolonien”, en *Sprachpolitik in der Romania. Zur Geschichte*

generoso entusiasmo de Analfía Gerbaudo y el inagotable magisterio de Stefan Pfänder y Ralph Ludwig.

sprachpolitisches Denkens und Handelns von der Französischen Revolution bis zur Gegenwart, Bochmann, Klaus (ed.). Walter de Gruyter, Berlin/New York, 341-362.

Brumme, J. (1997): *Spanische Sprache im 19. Jahrhundert. Sprachliches Wissen, Norm und Sprachveränderungen*. Nodus, Münster.

(2003): "Geschichte der Reflexion über die romanischen Sprachen: Spanisch", en *Romanische Sprachgeschichte/Histoire linguistique de la Romania. Ein internationales Handbuch zur Geschichte der romanischen Sprachen / Manuel international d'histoire linguistique de la Romania*. Ernst, Gerhard; Gleßgen, Martin-Dietrich; Schmitt, Christian y Schweickard, Wolfgang (eds.). Walter de Gruyter, Berlin & New York, 265-279.

Capdevila, A. (1928): *Babel y el castellano*, 3ra. ed. Losada, Buenos Aires, 1954.

Carilla, E. (1975): *El romanticismo en la América hispánica*. Gredos, Madrid.

Caro, M. A. (1871): "El partido católico", en *Obra Selecta*. Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1993; 245-251.

(1881a): *Del uso en sus relaciones con el lenguaje. Discurso leído ante la Academia Colombiana en la Junta Inaugural del 6 de agosto de 1881*. Imprenta de Echeverría Hnos., Bogotá.

(1881b): "La Conquista", en *Obra Selecta*. Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1993, 192-206.

Colombi, B. (2004): *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)*. Beatriz Viterbo, Rosario.

Costa Álvarez, A. (1922): *Nuestra Lengua*. Sociedad Editorial Argentina, Buenos Aires.

Cuervo, R. J. (1872): *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, 6ta. ed. R. Roger y F. Chernovitz, París. 1914.

(1901-1903): *El castellano en América*. El Ateneo, Buenos Aires, 1947.

Deas, M. (1993): *Del poder y la gramática. Y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*. Tercer Mundo Editores, Bogotá.

Deleuze, G. (1978): "Philosophie et minorité", en *Critique*, Francia, 369.

Ennis, J. A. (2006): "Sprachkontakt und Sozialkonflikt: Cocoliche, oder die Inszenierung sprachlicher Alterität", en *Rand-Betrachtungen. Peripherien-Minoritäten-Grenzziehungen. Beiträge zum 21. Forum Junge Romanistik*. König,

T.; Mayer, Ch.; Ramírez Sáinz, L.; Wetzel, N. (eds.). Romanistischer Verlag, Bonn, 115-129.

(2008): *Decir la lengua. Debates ideológico-lingüísticos en Argentina desde 1837*. Lang, Frankfurt.

(en prensa): “Paris, Hauptstadt des (argentinischen) 19. Jahrhundert”, en *Koloniale Vergangenheiten -(post-) imperiale Gegenwart*, Leonhardt, J.; Renner, R. G. y Schmitz, B. (eds.). Berliner Wissenschaftsverlag, Berlín.

Faquharson, T. (2007): “Creole morphology revisited”, en Ansaldo, Lim y Matthews. 2007, 21-39.

Fernández Retamar, R. (1979): *Calibán y otros ensayos*. Arte y Literatura, La Habana.

Freud, S. (1913): *Totem y tabú*. Alianza, Madrid. (Traducción de Luis López-Ballesteros y de Torres, 2007).

Guitarte, G. (1962a): *Cartas desconocidas de Miguel Antonio Caro, Juan María Gutiérrez y Ezequiel Uriceochea*. Instituto Caro y Cuervo, Bogotá.

(1962b): “Miguel Antonio Caro y Juan María Gutiérrez: dos ejemplos de patriotismo americano”, en *Eco*, N° 30. Bogotá, 556-570.

(1965): “Bosquejo histórico de la filología hispanoamericana”, en *El Simposio de Cartagena. Agosto de 1963. Informes y Comunicaciones*. Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 230-244.

(1981): “El origen del pensamiento de Rufino José Cuervo sobre la suerte del español de América”, en *Logos Semantikos. Studia Linguistica in Honorem Eugenio Coseriu*, Trabant, J. (ed.), Vol. I, Geschichte der Sprachphilosophie. de Gruyter, Berlin/New York, 435-446.

Gutiérrez, J. M. (1875): *Cartas de un porteño*. Corregidor, Buenos Aires, 1994.

Ibarlucía, R. (1998): *Onirokitsch. Walter Benjamin y el Surrealismo*. Manantial, Buenos Aires.

Ludwig, R. (2003): “Geschichte der Reflexion über die romanischen Sprachen: die Kreolsprachen”, en Ernst, Gleßgen, Schmitt y Schweickard. 2003, 297-309.

(2008): *Frankokaribische Literatur. Eine Einführung*. Narr, Tübingen.

Menéndez Pidal, R. (1945): *Castilla, la tradición, el idioma*. Espasa-Calpe, Buenos Aires.

Mignolo, W. (2005): *The Idea of Latin America*. Blackwell, London & New York.

(2008): “Revisando las reglas del juego: conversación con Pablo Iglesias Turrion, Jesús Espasadín López e Iñigo Errejón Galván”, en *Tabula Rasa*, N° 8. 321-334.

Myers, J. (2006): “Un autor en busca de un programa: Echeverría en sus escritos de reflexión estética”, en *Las brújulas del extraviado. Para una lectura integral de Esteban Echeverría*, Laera, A. y Kohan, M. (comps.). Beatriz Viterbo, Rosario, 57-75.

Oviedo, G. (2005): “Lucien Abeille y el idioma nacional de los argentinos”, en *Idioma Nacional de los Argentinos*, Abeille, L., 1900. Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 11-88.

Pfänder, S. (2006): “Sprache: Variation und Wandel – Die philologische Korrespondenz Rufino José Cuervo - August Friedrich Pott 1876”, en *August Friedrich Pott. Beiträge der Halleschen Tagung Anlässlich des zweihundertsten Geburtstages von August Friedrich Pott (1802-1887)*, Bense, G.; Meiser, G. y Werner, E. (eds.). Peter Lang, Frankfurt am Main, 35-49.

Pratt, M. L. (1992): *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. UNQUI, Bernal. (Traducción al español de Ofelia Castillo).

Prieto, A. (1988): *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, 2da. edición. Siglo XXI: Buenos Aires, (2006).

Rama, Á. (1976): *Los gauchipolíticos rioplatenses. Literatura y sociedad*. Calicanto, Buenos Aires.

Rojas, E. M. (1993): “Texto, texturas y formas”, en *Viajes por Europa, Africa i América*, Sarmiento, D. F. Archivos/Fondo de Cultura Económica, Madrid, 955-1004.

Romero, M. (ed.) (1998): *Epistolario de Ezequiel Uricoechea con Juan María Gutiérrez, varios colombianos y August Friedrich Pott*. Instituto Caro y Cuervo, Bogotá.

Rubione, A. (ed.) (1983): *En torno al criollismo*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.

Sarmiento, D. F. (1955 [1849]): *Viajes I. De Valparaíso a París*. Hachette, Buenos Aires.

De Toro y Gisbert, M. (s.d.): *Americanismos*. Paul Ollendorff, París.

Di Tullio, Á. (2003): *Políticas lingüísticas e inmigración. El caso argentino*. Eudeba, Buenos Aires.

Del Valle, J. y Gabriel-Stheeman, L. (2002): *The Battle over Spanish between 1800 and 2000. Language ideologies and Hispanic intellectuals*. Routledge, London y New York.

Verdevoye, P. (1963): *Domingo Faustino Sarmiento éducateur et publiciste (entre 1839 et 1852)*. Institut des Hautes Études de l'Amérique Latine, Paris.

(1994) *Costumbres y costumbrismo en la prensa argentina desde 1801 hasta 1834*. Academia Argentina de Letras, Buenos Aires.

VIÑAS, D. (2005): *Literatura argentina y política. I. De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista*. Santiago Arcos, Buenos Aires.

Von der Walde, E. (1998): "Realismo mágico y poscolonialismo: construcciones del otro desde la otredad", en *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*, Castro-Gómez, S.; Mendieta, E. (eds.). Porrúa, México.

También en <http://www.ensayistas.org/critica/teoria/castro/walde/html>